
Agosto De 1868

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8947

Título: Agosto De 1868

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 13 de julio de 2026

Fecha de modificación: 13 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Agosto De 1868

He aquí, pues, que ignoramos su nombre. Sabemos sólo que era muy joven y que poseía una cultura extraordinaria para su edad. Vivía en Estados Unidos, en la localidad de Capron, en el Illinois. Y a aquella tierna edad descubrió un día que no valía la pena vivir.

Cuando este hombre llegó a interpretar así su destino, no había obtenido de la vida sino favores —si por tales pueden considerarse una salud robusta, una juventud ardiente, una inteligencia sin par. No era un fracasado, ni un amargado, ni siquiera un descreído. Creía, antes bien, y con una exaltación de que luego dio pruebas, en la divinización del hombre por la inteligencia.

El día —decía— en que el hombre comprenda su destino, habrá dejado de existir.

Según él, al hombre común, al ser del gran rebaño de las especies que van atravesando por los mundos desde y hacia la eternidad, no le es dado detenerse. Sigue su caravana y la seguirá hasta que caiga, sin saber por qué comenzó ni por qué concluyó.

Pero el hombre que llega a comprender el vacío de todo este caminar errante por las eternidades, ese hombre, y desde ese instante mismo, se ha convertido en Dios. Puede hacer alto si quiere. Y por sobre la pesadez atónita del rebaño que marcha y no llegará nunca, erige su libertad para detenerse y se convierte en Dios.

Este joven, pues, cuando sólo tenía 25 años, hizo insertar en los diarios de la localidad un aviso anunciando una

conferencia donde demostraría todo lo anterior. Y para confirmarlo, concluida aquélla se mataría.

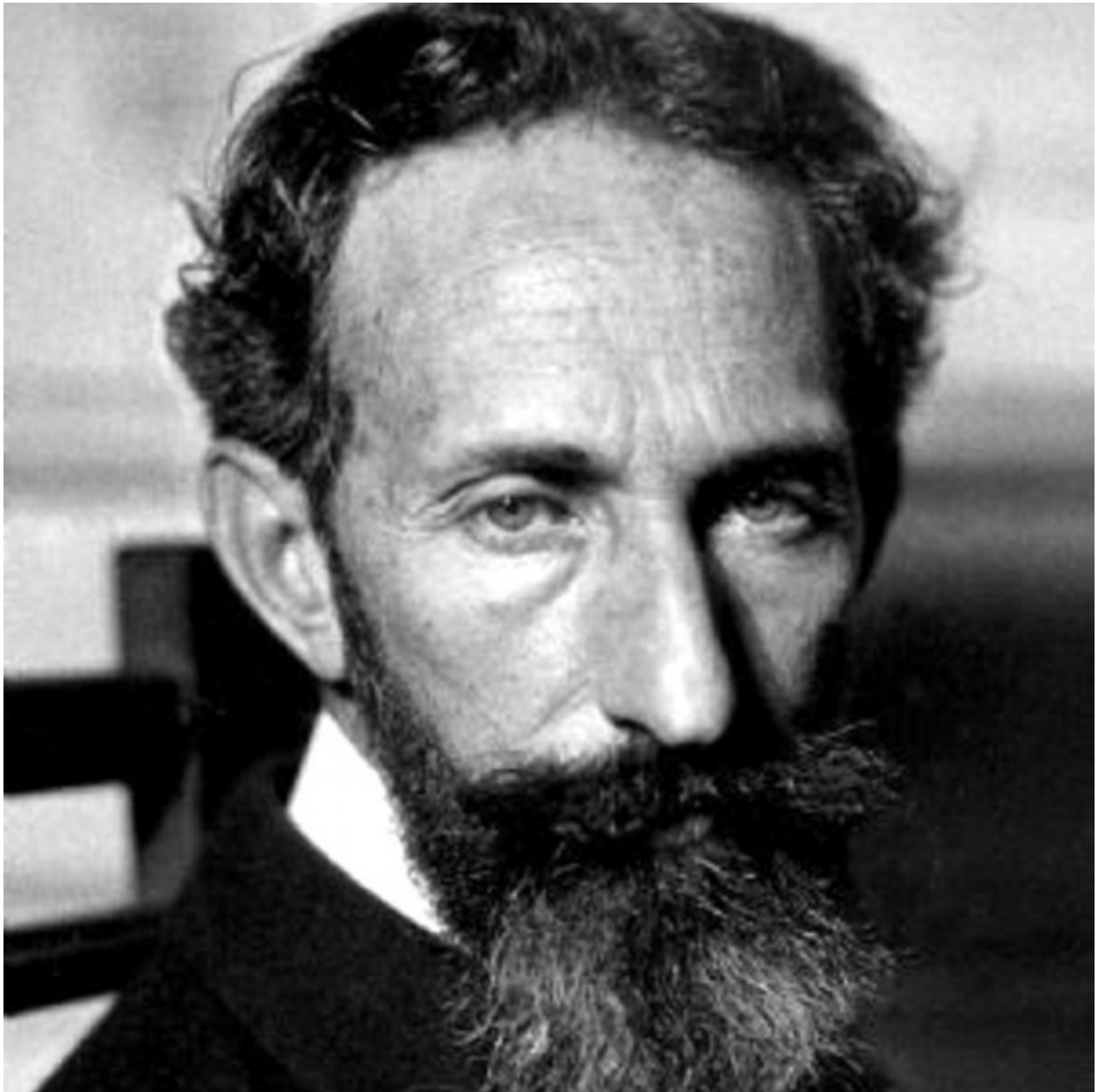
Desde las primeras horas el salón del acto estuvo repleto, a razón de un dólar por cabeza. El conferencista subió a la tribuna, y después de anunciar que el monto de las entradas se destinaba a costear su entierro, en primer término, y a adquirir tales y tales obras para la Biblioteca Popular, comenzó a hablar. Expuso su teoría, la comentó, y cuando hubo terminado, tomó su revólver Derringer que había colocado sobre la mesa, y se hizo volar la tapa de los sesos.

Este hombre singular recuerda al extraordinario Kirilov que en "Los poseídos" de Dostoievski juega su vida a la sola tentación de destruirla. No es extraño que el gran novelista hubiera conocido el hecho. Su Kirilov, por lo menos, vivió varios años en América.

Las deducciones morales de un acto tan profundamente insólito escapan a todo juicio. Muy de tarde en tarde es dado asistir a una exhibición trágica del calibre de la que nos ofreció el muchacho norteamericano. Estaba, seguramente, ligado a la vida por un hilo infinitamente débil.

Si él, con la leve presión de un gatillo, ha cortado ese hilo que para él no ha debido nunca existir esa creencia y esa resolución son cosas que únicamente atañen a los Kirilov.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)